



RELIGION

LEYENDO LA «BIBLIA»

LA TENTACION Y EL TENTADOR

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE ÚRBEL



O podemos soslayar la consideración de otro personaje que interviene en el drama lamentable del paraíso. Su importancia es tal que tiene casi categoría de protagonista. Su papel se parece al del traidor en las comedias clásicas. Nos referimos, como el lector habrá podido adivinar, a la serpiente.

Pero se trata de una serpiente con inteligencia: está al corriente del precepto de Yahwé; razona y argumenta con habilidad; disiente audazmente las disposiciones del Señor; es astuta, conoce la psicología de la mujer y tiene el arte de seducir. Pero su acción se prolonga a través de los siglos; lejos de limitarse al suceso fatal de la caída de nuestros primeros padres, influye en todo el escenario del mundo, como antagonista de todos los descendientes de Adán. Todos los hombres se verán obligados a luchar contra ella hasta que llegue el día de su derrota total. En definitiva, la mujer quebrantará su cabeza. Sin embargo, no muere; porque, además de inteligente, es un ser espiritual: «Es el gran dra-

gón, la serpiente que se llama diablo y Satanás y anda engañando por el mundo».

A este personaje inteligente, espiritual, engañador, malhechor, homicida desde el principio, se le da un nombre que nos extraña: la Serpiente. ¿Será porque el narrador sagrado cree que la serpiente tiene inteligencia? Según el contexto, no es ese su pensamiento. El único ser dotado de inteligencia y de voluntad en este mundo inferior es el hombre. Todos los animales están sujetos a su dominio y ninguno se le parece. Así es como nos describe aquel mundo primitivo, y es evidente, por tanto, que para él la serpiente, en cuanto animal, no tiene inteligencia. Hay aquí, por lo tanto, un delicado problema. A primera vista la solución parece sencilla: la serpiente, que no es un animal, inteligente, pero sí astuto, venenoso e inclinado a vivir bajo tierra, representaría alguna potencia enemiga del hombre, las fuerzas subterráneas; sería un símbolo del demonio. Esta es la interpretación natural, la que daba ya el Antiguo Testamento en el libro de la Sabiduría: «Por la envidia del demonio entró la muerte